

CERDOS Y PUNTO Y COMA

Pasaje de Alicia en el País de las Maravillas por Lewis Carroll

Ojo: el texto original en inglés tiene varios puntos y comas. Esta traducción no los tiene.

La Puerta conducía a una amplia cocina llena de humo. La Duquesa estaba sentada en el centro de la habitación, en un taburete de tres patas, meciendo un bebé en su regazo, mientras que la cocinera daba vueltas un puchero en la lumbre, que parecía sopa.

—¡Esa sopa tiene demasiada pimienta! —se dijo Alicia mientras estornudaba.

La pimienta no estaba solo en la sopa, sino en todas partes. La Duquesa estornudaba de vez en cuando y el bebé alternaba los estornudos con los aullidos, sin un momento de respiro. Los dos únicos seres de la cocina que no estornudaban eran la cocinera y un gato grande, que se había acomodado junto al fogón y sonreía de oreja a oreja.



—¿Tendría la bondad de explicarme —se aventuró Alicia, que no sabía muy bien si debía ser la primera en hablar— por qué sonrío el gato?

—¡Toma, porque es un gato de Cheshire! —exclamó la Duquesa—. ¡Eso salta a la vista! ¡Cochino!

Alicia se sobresaltó al oír esta última palabra, pero no sabía si iba dirigida a ella. Pero al ver que el bebé era el blanco de las iras de la Duquesa, con más presencia de ánimo continuó:

—La verdad es que no tenía idea de que los gatos de Cheshire estuvieran siempre sonriendo... En realidad, no tenía siquiera la más mínima idea de que los gatos pudieran sonreír.

—¡Pero claro que pueden! —aseguró la Duquesa—. ¡Y no sólo pueden, sino que lo hacen!

—Pero yo no sé de ninguno que lo haga —dijo Alicia, encantada de encontrar un tema de conversación que le gustaba.

—¡Tú qué vas a saber! —exclamó la Duquesa—. ¡Tú no sabes nada de nada!



A Alicia le molestó el tono despectivo de las palabras de la Duquesa, y pensó que lo mejor sería cambiar de conversación. Intentaba encontrar algo que decir, cuando la cocinera, que acababa de retirar el puchero de la lumbre, comenzó a arrojar sobre la Duquesa y el bebé todos los objetos que estaban al alcance de su mano... Primero, los hierros del fogón y, después, una lluvia de platos, cacerolas y fuentes. La Duquesa seguía imperturbable, haciendo caso omiso de

aquel bombardeo de proyectiles que caía sobre ella... Y el bebé seguía berreando con la misma intensidad que antes, de manera que era muy difícil saber si lloraba por el impacto de aquellos objetos.

—¡Por favor! ¡Cuidado con lo que hacen! —gritaba la niña fuera de sí, saltando de acá para allá, sin saber qué parte tomar en aquella batalla—. ¡Cuidado con su nariz, su preciosa naricita!— gritó, al ver que una cacerola de tamaño descomunal pasaba rozando las narices del bebé, y casi se las llevaba por delante.

—¡Deja en paz la nariz del bebé y cuida de la tuya! —le gritó la Duquesa—. ¡No la metas donde no te llaman! ¡Si la gente no metiera la nariz donde no la llaman, el mundo daría muchas más vueltas!

—El mundo no puede dar más vueltas que las que da —dijo Alicia, encantada de encontrar un tema de conversación que le permitía exhibir sus conocimientos—. ¡Piense lo que ocurriría con el día y con la noche...! Si tenemos en cuenta que la tierra, al girar sobre su eje, ejecuta un...

—Hablando de ejecutar —la interrumpió la Duquesa—, ¡que le corten la cabeza!

Alicia se volvió horrorizada hacia donde estaba la cocinera para ver si a ésta se le ocurría ejecutar las órdenes de su ama... Pero la cocinera estaba otra vez en lo suyo, que era dar vueltas y más vueltas al puchero, y parecía no atender la conversación que sostenían, así es que decidió continuar hablando como si tal cosa:

—...la tierra ejecuta un giro sobre su eje cada veinticuatro horas... ¿o son doce?

—¿A mí me lo preguntas? —dijo despectiva la Duquesa—. ¿No sabes que odio hacer cuentas? Y volviéndose hacia el bebé, comenzó a arrullarlo con una canción de cuna que le cantaba al oído a voz en grito, dándole una violenta sacudida al final de cada verso:

*—¡Habla con furor al niño!
Y si estornuda, ¡lo sobas!,
que el mamón de él lo hace sólo
porque sabe que joroba.*

CORO

(en el que participaban la cocinera y el bebé)

¡Ayayayaaaay!

Mientras cantaba la segunda estrofa, la Duquesa lanzaba al bebé por los aires, recogéndolo al vuelo tan bruscamente, que el pobre niño aullaba de dolor, así que Alicia sólo pudo distinguir algunas palabras:

*¡Yo lo regaño a mi niño,
Y si estornuda, lo casco,
que le gusta la pimienta*

y siempre anda tras el frasco!

CORO

¡Ayayayaaaay!

—¡Anda! ¡Arrúllalo tú un poco, su quieres! —le dijo la Duquesa a Alicia, arrojándole el bebé, que Alicia hubo de tomar al vuelo—. ¡Yo tengo que ir a jugar al *croquet* con la reina! 

Y salió corriendo de la cocina. La cocinera le lanzó una sartén, a modo de despedida, que lo llegó a alcanzarla.

No le resultaba fácil a Alicia sostener en brazos al bebé que le había dejado la Duquesa, porque la criatura tenía una forma rara, con unas piernas y brazos que le salían en todas direcciones, (como si fuera una estrella de mar), pensó Alicia. La criatura resoplaba, como si se tratara de una locomotora, y se retorció en los brazos de Alicia de manera tan violenta, que al principio apenas podía sostenerlo.

De tanto retorcerse, la criatura se hizo un nudo y Alicia lo tomó de la oreja derecha y del pie izquierdo (para que el nudo no se deshiciera), y de esta forma tan singular lo sacó de la casa.

"¡Si no me lo llevo", pensó Alicia, "me lo matan! ¡Sería un crimen abandonarlo a su suerte!"

La niña había pronunciado las últimas palabras en voz alta, y el bebé le lanzó una especie de gruñido por respuesta.

—¡No me gruñas! —le recriminó Alicia—. ¡No son modales de un bebé!

El bebé volvió a gruñir, y Alicia, preocupada, se inclinó para observarlo de cerca y tartar de adivinar lo que le ocurría. Bien mirado, el bebé tenía, en realidad, una nariz tan chata, que más parecía un hocico, y los ojos se le habían achicado tanto, que no parecían los de un bebé... ¡Todo aquello le daba a Alicia muy mala espina!

—¡Quizá los ojitos se le han puesto así de tanto llorar! —pensó la niña y le observe los ojos atentamente, pero no descubrió ni rastro de lágrimas.

—¡Te lo advierto! —le dijo la niña al bebé con toda seriedad—. ¡Si me haces una cochinita, ya no te voy a querer más!

La pobre criatura dio otro quejido (que bien podía haber sido un gruñido, no había forma de distinguirlos), y los dos siguieron su camino en silencio.

Alicia empezaba a preocuparse por lo que haría con la criatura. 

—¿Qué me van a decir en casa —se decía— al aparecer con ella en brazos? —cuando el bebé lanzó un nuevo gruñido, y esta vez de forma tan violenta, que la niña no tuvo más remedio que mirarle de nuevo la cara... ¡Ya no cabía la menor duda! Lo que Alicia estaba sosteniendo en sus brazos no era ni más ni menos que un cerdito.

La niña se dio cuenta de que eso de estar acunando un cerdito era algo bastante absurdo, así que lo dejó en el suelo y sintió alivio al ver que el animal se perdía trotando por el bosque.

—La verdad es que, como bebé —reflexionaba Alicia—, resultaba bastante feo y habría sido un niño horroroso..., en cambio, como cerdito..., ¡resulta bastante gracioso!



Carroll, L. (2007). *Alicia en el país de las maravillas* (J. Izquierdo, Trad.) MacMillan and Co. (Obra original publicada en 1869)
<https://archive.org/details/aliciaenelpasdel0000lewi/page/n6/mode/1up>